

Rauf Ghazzaoui Piña

# La ciudad de la nostalgia

Primer Premio Concurso de Crónicas Maratón CAF 2023

A pesar de ser domingo, el santuario de la Virgen del Valle en la isla de Margarita se sentía deshabitado. No eran muchos los turistas que hurgaban entre los tarantines de artesanías y recuerdos. El brillo del sol hacía imperioso buscar refugio bajo cualquier sombra. Aún tenía en mi mente los pensamientos de hacía un par de minutos; la oración por el bienestar de mi familia, la ofrenda de la medalla y la plegaria por el éxito de todos los chicos que –bajo mi tutela– correrían en Caracas en una semana.

Una anciana con mirada letárgica me ofreció un detalle y una velita para hacerle una ofrenda a Vallita, mientras otras dependientes me exhortaban a aceptar ese gesto coadyuvante de la fe. Así, permití que aquellas manos ásperas y desgastadas ataran sutilmente, alrededor de mi muñeca derecha, el cordel –por casualidad fabricado en el mismo azul que se usaría en las cintas de las medallas de CAF– que resguardaba la orfebrería que en principio había confundido con un garabato en forma de triángulo isósceles.

La mañana del 19 de marzo, en Caracas, estaba despejada y se sentía gélida. Me sorprendió poder aparcar en el Teresa Carreño. En otras ediciones, ya a las 5:00 tenías que dejar el carro en la calle bajo el cuidado de algún “pana” trabajando por cuenta propia. Quizás era el reflejo de una realidad que no escapa al deporte; cuántos atletas insulares sin los medios para costear un viaje a la capital; cuánto talento desperdiciado por el simple hecho de no tener zapatos para correr. “Con esta circunstancia económica, mucho mérito tiene esta gente para producir y organizar este reencuentro”, pensé mientras caminaba hacia el parque Los Caobos.

Por instantes, sentí el delicioso vértigo del viaje en el tiempo. La relajación involuntaria me hizo recordar la Feria del Libro y el Festival Internacional de Teatro que tantas veces había visitado en esos predios. Ciertamente, el parque aún estaba envuelto en la penumbra de la madrugada, pero el resplandor en la actitud de los corredores y voluntarios iluminaba el camino hacia el punto de reunión: la Fuente Venezuela.

A pesar de haber participado en la máxima distancia en más de una docena de carreras, este caso no sería la excepción. En un maratón siempre vas a sufrir de ansiedad y siempre vas a sentir nervios. Era mi primer maratón después de cinco años con la vida partida entre España y Venezuela. Además, sería la edición con mayor participación de mi grupo de entrenamiento. En total, correríamos 21, de los cuales 9 buscarían alcanzar el título de maratonista.

El inicio fue caótico. Esos primeros instantes están repletos de convulsión, adrenalina, incertidumbre, compromisos. Al mismo tiempo, la energía de todas esas almas se siente como una inyección de inspiración. Tratas de controlarte para no desperdiciar las fuerzas. Los primeros rayos de luz se reflejan sobre el asfalto que converge en las torres de El Silencio. En pocos minutos, sin darte cuenta, vas entrando en confianza cuando percibes la pendiente favorable de la avenida San Martín. Paso por el frente de mi antiguo trabajo en la esquina de Angelitos y no puedo evitar

revivir aquellas imágenes de un chico recién graduado, soltero y sin canas, negociando con clientes y proveedores. Eran épocas de abundancia, de comercio y regateo a diario, de circunstancias muy diferentes.

Ya en la avenida Páez, el tendón de Aquiles y la fascitis plantar me recuerdan el apellido materno. El maratón se va transformando en una montaña rusa de emociones. La gente de El Paraíso te envuelve entre cánticos, aplausos y arengas. Frente a las residencias Coralito la percibo a mi lado, corriendo conmigo, vestida de novia, esperando al *Shaikh* para officiar la ceremonia de nuestro matrimonio. A más de 7.000 kilómetros, mi esposa Ángela estará ansiosa de saber el resultado sin perjuicio de los husos horarios.

A unos metros veo un par de siluetas familiares: Sharif y Jesús, que van a coincidir en una especie de acertijo de la física del movimiento rectilíneo uniforme al ir corriendo a velocidades diferentes. Los alcanzo en un arranque de júbilo.

Hice la pregunta durante una sesión de entrenamiento en La Caracola, en Porlamar. Algunos hablaron de la emoción que implicaba participar en un evento consagrado a nivel de organización y calidad; otros citaron la necesidad de plantear un nuevo reto y superar la barrera de los 10K; otros comentaron sobre ese sentimiento eterno de búsqueda del corredor: *mejorar las marcas*. Sin embargo, la respuesta de Valentina fue la que más llamó mi atención: “Voy a correr en Caracas porque a pesar de tantos años en la isla, soy caraqueña. ¡Esa es mi ciudad! La ciudad de mi infancia, la que resguarda los primeros recuerdos de mi vida: mi abuelo llevándome de la mano a pasear en el Parque del Este, mi primer colegio, las fotos familiares del domingo que habían cambiado el color por un nostálgico tono sepia”. Ahora que lo pienso, la magia de este maratón tiene que ver con el hecho de habernos transportado a la Venezuela del futuro posible, al país vanguardista en vías de desarrollo, a las vivencias y lugares de nuestros años mozos, a tiempos de añoranza y felicidad. Este evento es y será siempre un bálsamo de ilusión para todo el país.

Al salir de Los Próceres, justo después de la conjunción de ambas rutas, le pregunto a Sharif si logra ver a algunos de los chicos. Toda el área del monumento histórico es un cúmulo de música, gritos y algarabía. Los que van por el medio maratón –a esas alturas– se saben vencedores. Repentinamente, Sharif advierte exaltado: “¡Mira!” Ha avistado a Superman portando un número que no se percibe en su totalidad. Recordé entonces que mi compañero es un apasionado de los cómics y los superhéroes, y siempre hay alguno que otro personaje que decide correr disfrazado. Sin duda, el trayecto se me ha hecho mucho más llevadero con su compañía.

Ya en la avenida Río de Janeiro tengo que concentrarme en gestionar las dolencias de mi pierna izquierda. Pienso en la frase de John Lennon para justificar el sufrimiento: “La vida es aquello que te va sucediendo mientras estás ocupado haciendo otros planes”. Para muchos corredores –y para mí también– este es el tramo más complicado. Caracas vive otra dinámica en esta zona que se caracteriza por la soledad y una yuxtaposición de edificios residenciales e industriales amalgamados a las orillas del Guaire. Se siente el incremento de la temperatura y con desesperación tratas de aferrarte a la sonrisa amable y espontánea de los voluntarios que te apoyan en el punto de hidratación más alejado de la meta. Haces un giro de 180 grados a la altura de El Llanito y el ego competitivo te obliga a dar un vistazo de reojo para identificar a todos aquellos que vienen corriendo más fuerte y que podrían darte alcance. A fin de cuentas, esto es una

competencia. Justo antes del distribuidor Macaracuay, Alita y Alejandro me reconocen y me enaltecen con declaraciones de victoria. Siendo triatletas, esta vez han salido a apoyar a los centenares de guerreros que se han embarcado en este desafío. Se me van los sentidos por el agotamiento y por la necesidad de llegar a tierra sagrada: la avenida Francisco de Miranda. Me parece que Sharif se ha vuelto a emocionar. Esta vez por Spiderman. A nuestro lado, otro corredor refleja en su mirada la duda de lo inverosímil y nos pregunta con un tono de voz que parece procesado a través de una app de auto-tune: “¿Cómo hará para respirar o hidratarse con esa máscara?”

De nuevo caigo en el abismo del pasado y se vienen a mi mente esos benditos elevados, apéndices de metal que desde otra perspectiva serían las gigantescas placas en la cadera de un estegosaurio que representa la voracidad primitiva de esta ruta. Sin embargo, ¡Caracas y su gente siempre! La Francisco de Miranda es un caudal de emociones positivas que difícilmente puedo comparar con lo vivido en otros maratones. Ni en Boston, ni en Chicago –siendo *majors*– percibí tal demostración de cariño, bondad, alegría y solidaridad. La gente te pregunta qué necesitas, te ofrecen hielo y refrescos, y hasta corren unos metros contigo. Es nuestra manera de ser. Es el reflejo de la Venezuela que siempre he deseado para mí y mis hijos. Este es el gran logro de CAF y es la única motivación que necesito para vencer esos elevados.

Desde una barda metálica, la mirada se me pierde en el fondo de una diapositiva donde resalta el cronómetro oficial. Me duele todo. Difícilmente puedo caminar o estirarme. La atención en la carpa de servicios médicos ha sido sublime; hielo, analgésico y una sobredosis de amabilidad y profesionalismo. Sigo a la espera de mis muchachos.

Mientras aguardo, soy consciente de que el maratón es una gran metáfora de la vida, porque nos pone a prueba, nos da la oportunidad de revancha y superación y nos enseña a conocernos a nosotros mismos. Sharif se acerca e interrumpe mis cavilaciones con un abrazo mientras me susurra las gracias al oído. Apenas es su tercer maratón y no se ha dado cuenta de que ha sido él quien me ha ayudado a terminar. Además, ha mejorado su registro y –según sus propias palabras– ha logrado saldar una cuenta personal con alguien que nunca creyó en él. Poco después veo llegar a Giovanni, ese gigante gentil de 57 años que recoge su medalla con tranquilidad. La porta con orgullo. Se acerca y enseguida noto que está exhausto. Tiene el rostro ahogado en lágrimas. Sé que ese llanto es en honor a la memoria de su padre, fallecido hace poco más de un año. También ha llegado Claudia, quien fue atropellada hace siete meses durante un entrenamiento de ciclismo. Aún en terapia de recuperación, ella también ha dedicado la carrera a su ídolo, su padre, quien como corredor llegó a terminar varios maratones por debajo de las tres horas. Ahora era el turno de Elsa. Algunos ortodoxos de este deporte le habían advertido que era imposible que completase este reto; que con menos de un año de entrenamiento y sin experiencia previa en carreras de calle no tenía sentido ni siquiera intentarlo. Sin embargo, Elsa se dio el gusto de cruzar la meta en poco más de cuatro horas y media, y estoy seguro de que este logro abre la puerta de la esperanza para un reto aún mayor: la búsqueda de la maternidad.

Siguen llegando los corredores entre abrazos, fotos y felicitaciones. Cada uno ha forjado su propia historia. Ya me veo en el museo de la Virgen obsequiando la medalla que simboliza nuestro éxito y mi fe. Apenas falta Marialejandra. El reloj se va consumiendo vertiginosamente y más allá de mi angustia por verla entrar en meta antes de las seis horas, sé que va a estar bien. Tiene una estirpe

de gladiador que nunca vi en otro deportista.

A punto de irme, percibo el caminar en cámara lenta de una dulce niña. Es la doncella infantil de un cuento de hadas. Porta un ramo de flores y con su mano derecha arrastra una silueta imponente ataviada con un traje ceñido que hace resaltar un fenotipo ideal para la carrera de fondo. Reconozco la indumentaria de superhéroe y la afinidad consanguínea. Le pregunto –con delicadeza– si es su papá. Asiente educadamente. Entonces entendí aquel sacrificio y con un nudo en la garganta le dije que su papá era un verdadero héroe. Le dije que lo habíamos alcanzado en el kilómetro 37; que al sobrepasarlo, lejos de toda frustración o envidia competitiva, nos había bendecido en un acto de humildad suprema. Entonces Spiderman me tendió la mano y entre miradas de compañerismo y respeto, le di la gracias por haber sido parte de esta vivencia en la ciudad de la nostalgia. Sharif y yo nos alejamos haciendo ademanes con las manos mientras repetíamos la onomatopeya de las telarañas que brotaban de nuestras muñecas.